

Poder, género y psicología social

Héctor Meza Aguilar*

En virtud de que las relaciones de poder son consustanciales a las de género, éste artículo retoma la concepción foucaultiana de poder para alcanzar una mejor comprensión de ambos tipos de relaciones. Señala la compatibilidad y complementariedad de ese enfoque con el marxista, y su convergencia en el reconocimiento de la importancia de los mecanismos ideológicos para que el poder opere. Analiza las dos principales concepciones de la ideología, y las razones por las que las psicologías social y política han sido refractarias a éste concepto y reduccionistas respecto del de poder. Recupera los conceptos de diferenciación social, identidad y rol como indispensables para el análisis de la ideología de género. Para la superación de dicha ideología propone adoptar los hallazgos foucaultianos en la investigación histórica de la sexualidad.

Palabras clave: poder, género, ideología, identidad, psicología social, psicología política.

Introducción

La lucha de las mujeres por la igualdad es una empresa de orígenes remotos cuyos avances y logros se hicieron más notables desde finales del siglo XIX, y se incrementaron sensiblemente a partir los años sesenta del siglo XX hasta nuestros días. A lo largo de ese extenso periodo las conquistas han sido muchas y de diversa naturaleza; no obstante, de ese conjunto queremos destacar el proceso desmitificador que paulatinamente ha ido

* Profesor investigador del Departamento de Sociología, Área de Procesos Psicosociales de los Fenómenos Colectivos, Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Iztapalapa.

clarificando la especificidad de un conflicto que, fue calificado imprecisa y equivocadamente, en un primer momento, de intersexual, para, posteriormente, dar paso a la categoría de género. En virtud de que el género constituye una categoría sociocultural, comprende la multiplicidad de facetas posibles de la vida social; el sexo sería sólo un dato biológico y un punto de referencia, en torno del cual la cultura construye las modalidades específicas que adoptará la diferencia y en donde la sexualidad se convierte en una faceta más de ese universo. En los años setenta el género fue concebido como un sistema ideológico que regula y orienta una estructuración cognoscitiva dicotómica en función de los requerimientos culturales (Flores; 2001: 1-9).¹ De ahí el inmenso enriquecimiento cognoscitivo que implicó la adopción de esa categoría.

Este salto cualitativo permitió superar la estrechez inicial y, con ello, que se reconociera cabalmente el carácter eminentemente político de las relaciones de género.² Asumir la presencia de la dimensión política, de entre muchas otras, allanó el camino para percibir en la asimetría de éstas un signo inequívoco de ejercicio de poder, que implicaba el establecimiento de relaciones de dominio.

Así, se hizo evidente que el problema de fondo en las relaciones de género lo constituye el hecho de que éstas no ocupan ni pueden ocupar una situación de exterioridad frente al poder. Su inevitable presencia le otorga relevancia y centralidad, ineludibles para el análisis y comprensión de las relaciones de género y las de muchos otros tipos. De tal manera que este paso adelante hizo necesario volver a cuestiones básicas: si las relaciones de género implican las de dominio, entonces hay que explicitar qué se entiende por poder o, por lo menos, aclarar cuáles son los contenidos que se atribuyen a tan complejo concepto.

¹ Conocí este trabajo de Fátima Flores Palacios mientras redactaba el presente y fue sorprendente por dos razones: por la lucidez con la que la autora estructura el tema y por haber encontrado un buen número de puntos de vista coincidentes. Por tal motivo, retomaremos sintéticamente algunos de sus planteamientos centrales.

² (Véase Flores; *ibidem*: 5-7). La autora advierte que el género atraviesa por el proceso que S. Moscovici (1961) observó en su investigación *El psicoanálisis: su imagen y su público*, de tal manera que, cuando los conceptos científicos pasan al conocimiento general, pierden precisión, al mismo tiempo que se generan nuevos significados por el proceso de objetivación y anclaje. Así, el género se fue vaciando de contenido científico al incorporarse en los sistemas ideológicos, perdiendo su calidad y adquiriendo la del sentido común. En éste se sobrepone la dicotomía del sexo, que se manifiesta a través de pluralizar el género. El avance en muchos trabajos que abordan el tema se anula por ese proceso de ideologización.

En este terreno es necesario retomar la importante contribución de Michel Foucault, en virtud de que es uno de los escasos teóricos sociales que, a través de una serie de contundentes y eruditas investigaciones históricas empíricas, ha construido en su obra una conceptualización general abstracta del poder (Ceballos; 1997: 12 y Ritzer; 1994: 423-431). Mas que elaborar una teoría, las investigaciones que dan cuerpo a su concepción pretenden constituir una analítica del poder que, en palabras del mismo Foucault, consiste en avanzar "... hacia la definición del dominio específico que conforman las relaciones de poder y la determinación de los instrumentos que permiten analizarlo" (Foucault; 1977: 100). Uno de los logros más importantes de la analítica foucaultiana, es haber revelado que el pensamiento occidental en torno del poder se ha centrado en una concepción jurídica, desarrollada durante la Edad Media bajo la forma social dominante de ese periodo histórico: la monarquía jurídica. El poder es resultado de un acto jurídico —el contrato social— en el que los individuos ceden el poder concreto que detentan para constituir el poder político. De esta manera, el Estado monárquico y sus aparatos lograron hacerse aceptar porque se presentaron como instancias de regulación y arbitraje, para garantizar la paz y la justicia, valiéndose del derecho como modo de manifestación que les permitió implantarse (Foucault; *ibidem*: 105-111). Así, desde la visión de éste modelo jurídico, el poder es una cosa o propiedad que es poseída por individuos, como ocurre con la figura del rey; el poder se irradia desde una posición central, y se localiza y reproduce en todas las estructuras e instituciones del cuerpo social; el poder se conforma de acuerdo con los modelos del derecho y se presenta bajo la forma de la ley, adquiriendo una función prescriptiva que fija límites y sanciona su transgresión, de tal suerte que sus mecanismos son represivos, excluyentes y violentos, convirtiéndose en una instancia de negación que no produce nada que no sea órdenes y prohibiciones (*Ibidem*: 104, Ibañez; 1982: 83-88 y 99-100).

Así, el modelo o paradigma jurídico atribuye al poder una serie de rasgos que desembocan en un grave inconveniente: circunscriben el análisis a sus aspectos negativos. Sin embargo, las investigaciones históricas que Foucault realiza, ponen en evidencia que en las sociedades modernas el poder va dejando de operar según la ley y la soberanía que el modelo jurídico exalta, para mostrar la existencia de una verdadera tecnología del poder cuya complejidad y positividad van mucho más allá de

la negación y la mera prohibición. Foucault encuentra que el poder produce cosas, induce placer, genera saber, produce discursos; es una red de relaciones productiva cuya función no es únicamente reprimir (Foucault; 1980: 182, Ibañez; 1982: 94-98 y Ceballos; 1997: 57-60). Tal descubrimiento mostró que, para evitar la exclusión de la positividad, era necesario e inevitable abandonar el modelo jurídico y plantear uno alternativo: el modelo o paradigma estratégico.

El modelo estratégico atribuye al poder una serie de características que son la base de una auténtica revolución copernicana en el estudio del tema. A partir del siglo XVIII, en pleno desarrollo del capitalismo, se producirán lentos pero profundos cambios en la economía del castigo, que darán forma al nuevo modelo de poder; así, se abandona el uso sistemático del suplicio para pasar, mediante la creación de la institución carcelaria, al empleo generalizado del encierro y la privación de la libertad. La pena adquiere un carácter correctivo y se modula en función del delito y las características del delincuente. Se trata de curar o corregir y no de expiar; para ello se requiere producir un saber sobre el infractor que rebasa el mero establecimiento de culpabilidad. Además de determinar su grado y tipo de responsabilidad, se hace necesario evaluar si el sujeto puede ser transformado, controlado y corregido. De esta manera, el saber jurídico tuvo que auxiliarse cada vez más de otros saberes, como la medicina, la psiquiatría y la sociología, entre otras; así, el poder se revela ante todo como una instancia productiva: engendra aparatos de saber, conocimiento de la naturaleza y tecnologías de control, indispensables para el funcionamiento de éste. La ley fue perdiendo fuerza como mecanismo de control para dar paso a la norma. A diferencia de la ley, la norma se basa en el saber, en el conocimiento del funcionamiento natural; mientras la ley dice lo que está bien y lo que está mal, la norma define lo que es, al mismo tiempo que las aberraciones del ser, es decir, homogeneiza ejerciendo una presión para mejorar (Foucault; 1976: 139-230, Foucault; 1977: 112-125, Ibañez; 1982: 89-109, Ceballos; 1997: 77-101 y Ritzer; 1994: 427-429). Desde la óptica foucaultiana, el poder tiene por origen la guerra, la paz es la guerra continuada por medio de otra estrategia: la política (Foucault; 1980: 135-136). El poder existe sólo en acto, esto es, no es una cosa o sustancia, sino una relación que implica el ejercicio de fuerzas desiguales. El poder consiste en una multiplicidad de prácticas que constituyen una vasta

tecnología que atraviesa al conjunto de las relaciones sociales; un entramado reticular cuya dinámica produce efectos de dominación a partir del uso de estrategias y tácticas específicas (Foucault; *ibidem*: 144). Para Foucault “El poder está en todas partes; no es que lo englobe todo sino que viene de todas partes” (1977: 113); es inmanente y consustancial al cuerpo social y existe en cualquier fragmento del tejido que lo constituye. Es por ello que afirma que su análisis debe ser ascendente, es decir, arrancar de los mecanismos infinitesimales y relativamente autónomos de poder para, posteriormente, ver cómo éstos son investidos y anexionados por mecanismos más generales o formas de dominación global. El conjunto de mecanismos microfísicos de poder crean las condiciones que hacen posible la existencia y funcionamiento de poderes globales; “los procedimientos heteromorfos y locales de poder son transformados por las estrategias globales, hasta constituir un efecto coherente y general de dominación con sus respectivas inercias y resistencias” (Ceballos; 1997: 50 y Foucault; 1980: 171); el poder en la familia, la escuela, la cárcel, el hospital, etcétera, no constituyen un reflejo o reproducción de macropoderes, como el estatal, sino que tienen su propia producción endógena de relaciones de poder; dicho en otras palabras, existe una macro y una microfísica de poder que guardan una relación de determinancia recíproca (Foucault; 1976: 165 y Ceballos; 1997: 45-52). Mediante la microfísica, el poder no sólo se impone a los sujetos sino que literalmente los constituye; ésta es una tecnología disciplinaria que mediante la educación corporal, las exigencias físicas de la escuela, la fábrica, el cuartel, ejerce un control minucioso que transforma los cuerpos en elementos “dóciles” y “útiles”. La disciplina se aplica simultáneamente como un arte de distribución espacial y temporal, en el que los individuos se convierten en elementos móviles, articulables entre sí y con otros espacios y temporalidades, incrementando y potenciando las habilidades de cada uno a través de la coordinación con las de los otros. La disciplina se auxilia de un instrumento eficaz: el examen, que combina principios de vigilancia jerarquizada con los de la sanción normalizadora. La tecnología disciplinaria consiste en acciones directas que se basan en la organización, el cálculo, el saber y la educación, más que en la coerción; son técnicas que inscriben en los cuerpos los hábitos de la obediencia y la auto vigilancia (Foucault; 1976: 139-230 y Ritzer; 1994: 427-429).

El discurso foucaultiano no sólo enriqueció la concepción del poder sino que, siendo compatible con el marxista, clarificó con su minuciosa y aguda analítica aspectos a los que las visiones centralistas, jurídicas y estatalistas no llegaban (Ceballos; 1997: 47-48). La compatibilidad se expresa en el compartimiento, coincidencia y complementariedad de muchas elaboraciones conceptuales, de entre las cuales destacaremos sólo aquellas que nos permitan regresar y revisar cuestiones básicas, para intentar una mejor comprensión de las relaciones de género y dar seguimiento al tratamiento que la psicología social les ha dado.

La actividad humana: relaciones sociales y poder

La esencia relacional de los seres humanos determinó el surgimiento de la conciencia; a partir de ello su actividad vital se convirtió en un proceso orientado hacia metas determinadas voluntariamente. Esto significó que el carácter transformador de las acciones humanas hiciera de la vida un medio de vida, es decir, que el poder transformador de la actividad vital consciente tuviera por objetivo crear condiciones para el mantenimiento y desarrollo de la vida humana. El impacto transformador que se produce sobre el entorno físico y social para la consecución de metas deliberadas, es un rasgo esencial que se atribuye al poder, al mismo tiempo que una evidencia de su existencia y ejercicio. De aquí se desprende que, en rigor, la vida humana es una fuente originaria de poder que se auto determina y desarrolla (Marx; 1974). Tal concepción es congruente con el carácter inmanente que la visión foucaultiana atribuye al poder, lo mismo que con el papel determinante y esencial de las relaciones sociales; más aún, en el caso de éstas últimas, la analítica de Foucault es una herramienta que permite conocer pormenorizadamente su función organizativa y estructurante, mediante el escrutinio de los mecanismos infinitesimales de poder que se dialectizan dando lugar a efectos de conjunto, crecientes en complejidad al ascender a niveles macrofísicos. De tal manera que las concreciones organizativas de las relaciones sociales, dan lugar a un amplio y heteromorfo espectro, que va desde la constitución de los sujetos, y la de una gran diversidad de grupos, hasta la integración de las instituciones y el Estado.

En la función organizativa y estructurante de las relaciones sociales, existen dos orientaciones fundamentales que las tipifican: la cooperación y

la competencia. Ambas coexisten dialécticamente y el predominio de cualquiera de ellas supone consecuencias y diferencias sustanciales.

Las dos caras del poder

El predominio de la cooperación o la competencia en las relaciones sociales, implica que la vida se organice en los planos económico, social y político de manera cualitativamente diferente. Mientras que la primacía de la cooperación en las relaciones favorece la solidaridad y la participación incluyente e igualitaria, la primacía de la competencia las hace proclives al establecimiento de dominios y jerarquías excluyentes. En su análisis histórico del desarrollo de las sociedades humanas, el discurso marxista reveló cómo la supremacía de una u otra orientación determinaba los diversos modos de producción y organización social; esclareció además, cómo la enajenación del trabajo dio origen a la propiedad privada y con ello a la instauración del predominio de la competencia, la explotación y el dominio en las relaciones sociales; es decir, relaciones en las que la negatividad del poder subsume a la positividad, tal como lo plantea la analítica foucaultiana, en donde la consustancialidad del poder con las relaciones sociales implica su presencia sin distinciones de ningún tipo (Marx; 1974, 1967 y 1970). Dicho en otras palabras, el poder no guarda una posición de exterioridad con ellas y, por lo tanto, afecta inclusive a las más significativas, afectivamente cercanas y cotidianas; así, aunque desde la visión marxista la tendencia a competir está determinada básicamente por factores históricos, la visión foucaultiana resulta complementaria en tanto que aborda los determinantes más sincrónicos y particulares; si en la primera visión se acentúa la negatividad, la segunda nos permite ser más sensibles a la positividad de las relaciones de poder.

De aquí se desprende una cuestión que es necesario investigar a fondo. Aparentemente podría existir una relación de correspondencia entre la cooperación, la positividad del poder y formas de ejercicio no coercitivas, relación que por supuesto se mantiene en su contraparte, es decir, entre competencia, negatividad del poder y formas de ejercicio coercitivas. Es probable que tal correspondencia implique una relación compleja, derivada de intensidades diversas de estos factores intervinientes,

que darían lugar a combinaciones y condiciones múltiples. Por el momento sólo queremos señalar que éste es un punto sobre el que es importante indagar.

No obstante, se puede avanzar recuperando planteamientos coincidentes de los discursos marxista y foucaultiano respecto del funcionamiento del poder. Ambos discursos encuentran en el terreno de lo ideológico algunos de los mecanismos indispensables para que el poder opere.

Psicología social e ideología

Sin embargo, en materia de ideología uno debe andarse con cuidado, pues desde su origen esta noción a sido fuente de grandes controversias y ambigüedad. Así lo corrobora T. Ibañez (1996: 307-325) en su artículo “La ideología y las relaciones intergrupales”.³ Este esclarecedor trabajo nos advierte del carácter controversial, polémico y polisémico del término ideología. Señala el recelo y la excesiva prudencia que ésto ha provocado en quienes se han internado en la literatura en este campo, situación que ha llevado a la mayoría de los psicólogos a tener una posición refractaria frente a dicha noción. El autor afirma sagazmente que tal reticencia obedece precisamente a razones ideológicas. Nos presenta un breve análisis del uso cotidiano del término que pone en evidencia la estrecha vinculación que tiene la ideología con dos dominios discursivos: el político y el del conocimiento. Dominios que explicitan dos de sus funciones esenciales. La genealogía de la noción revela la existencia de acepciones diametralmente opuestas; para quien acuñó el término, Antoine Destutt de Tracy por el año 1800, se trataba de nombrar a una “Ciencia de las ideas”, mientras que para Marx, cuya visión será decisiva y muy influyente en lo sucesivo, es una distorsión o falsa conciencia de la realidad. El enfoque marxista descansa sobre tres ideas básicas; primero, la conciencia es producida por las condiciones sociales de existencia, aunque para los individuos no lo parece así; segundo, las prácticas concretas de los individuos y las relaciones sociales que éstas implican determinan y moldean los contenidos de la conciencia; y tercero, los sectores dominantes en las relaciones de producción y sociales,

³ Todas las aportaciones de T. Ibañez que se citan en este apartado están contenidas en ese trabajo.

en general, pueden hacer que su conciencia de clase sea compartida por el resto de los sectores dominados. Es así como se produce la distorsión, la posición de los dominados no concuerda con la visión que poseen porque ésta es producida por los dominadores, sin embargo, esto es posible porque las diferencias de posición quedan enmascaradas por la visión de los grupos dominantes. En tanto que se comparte una visión ideológica de la realidad, las distorsiones se vuelven invisibles para la conciencia (Marx; 1970; 1970b). Una posición ideológica —y sus distorsiones— sólo se hará visible como tal, desde fuera del grupo que la produce, desde una visión alterna, es decir, la de un exogrupo. Para la superación de tales distorsiones Marx propone dos vías: la primera consiste en desarrollar un meta nivel o visión científica cuya objetividad trascienda las ideologías particulares; la segunda se propone la eliminación de lo particular mediante el arribo histórico a una sociedad sin clases. T. Ibañez cuestiona las posibilidades de realización de ambas alternativas, señalando que la diferenciación del conglomerado social implica la existencia *ipso facto* de grupos en relación de oposición. Así, resulta que los otros, la exterioridad, los exogrupos, constituyen una condición de posibilidad para el reconocimiento y la eventual superación de las visiones ideológicas. De tal manera que es difícil creer que ambas vías puedan lograr su objetivo, toda vez que ellas mismas constituyen visiones ideológicas de la ciencia y la historia, respectivamente.

La concepción de Marx dio lugar a una corriente de pensadores que se centra en las funciones políticas de la ideología, resaltando el determinismo socio-histórico de todo pensamiento, o bien la oposición entre ciencia e ideología.⁴ Para todas estas posturas derivadas del marxismo, la función principal de la ideología es la de ocultar las contradicciones del sistema social, creándolo de nuevo en el ámbito imaginario. La ideología tiene una función negativa porque impide conocer causas verdaderas. La ideología dominante es mistificada porque sólo puede responder a una problemática falsa y, al mismo tiempo, es mistificadora porque la visión que elabora impide el conocimiento verdadero. Así justifica el estado de cosas imperante y las relaciones de dominación (Doise; 1982: 37-60).

⁴ T. Ibañez (1996: 307-325) cita como ejemplos a Mannheim, K. (1932), para el caso de posiciones centradas en el determinismo socio-histórico del pensamiento; y a Parsons, T. (1959) y Althusser, L. (1972) para ilustrar el caso de la oposición entre ideología y ciencia.

De manera semejante, de acuerdo con la visión foucaultiana, el poder sería inaceptable si fuera enteramente cínico, por ello debe ocultar y mantener en secreto su cara y sus consecuencias negativas. Presentarse con una apariencia de positividad es indispensable tanto para que el poder funcione como para que los sometidos lo acepten. El poder como un límite a la libertad que sin embargo deja intacta una parte de ella, es la forma general de su aceptabilidad. Y el encubrimiento de una parte de sí mismo se lleva a cabo mediante el empleo de los mecanismos ideológicos. Los enfoques marxistas tienen en común un determinismo que hace del sujeto un receptor pasivo de la ideología, en tanto que sólo la reproduce en sus prácticas cotidianas sin percatarse de ello.

T. Ibañez señala que, paralelamente a las visiones marxistas, se desarrolló otra corriente que privilegia las funciones cognoscitivas de la ideología sobre las políticas. Desde esta perspectiva, no existe necesariamente una relación entre ideología y error (falsa conciencia), en la medida en que el carácter práctico-social de ésta consiste en dar sentido a la realidad para permitirnos actuar apropiadamente en ella. La ideología es un nivel pragmático de conocimiento, un conjunto o sistema de ideas coherentes que nos permite interpretar la realidad o el mundo.⁵ Esta perspectiva restituye al sujeto un papel activo frente a la ideología, porque ubica en la propia actividad que desarrollan los sujetos, y los procesos de racionalización que la acompañan, el proceso de construcción de la ideología. El sujeto se ve a sí mismo como un actor libre que, por esa razón, debe justificar las conductas que realiza en función de sus inserciones sociales, y con ello el sujeto produce la ideología acorde con esas inserciones.

En un análisis hecho al margen de las aproximaciones teóricas y basado en el funcionamiento cotidiano de la ideología, T. Ibañez encuentra que ésta posee un conjunto de características que revelan un alto grado de complejidad y que, aun desligada de su acepción marxista, la hacen sumamente interesante. Así, nos muestra que lejos de constituir sistemas monolíticos, cerrados, homogéneos y coherentes, las ideologías son más bien conjuntos escasamente formalizados, borrosos, abiertos y llenos de contradicciones internas, con posibilidades interpretativas

⁵ T. Ibañez lo expresa en dos líneas concluyentes: "Parece por lo tanto que el término 'ideología' puede emplearse en un sentido muy amplio para designar cualquier enunciado de carácter teórico sobre la realidad social..." (1996: 313).

múltiples en su interior y hacia la realidad, que se forman a través de un largo proceso histórico que combina tradiciones múltiples y prácticas diversas. Los individuos se ven confrontados con una pluralidad de ideologías que coexisten en un mismo espacio sociohistórico, contaminándose unas a otras a pesar de que busquen diferenciarse. Es por eso que se les califica de producciones intertextuales, porque adquieren su significado sólo en referencia positiva o negativa a otras ideologías. Además, el pensamiento posee un carácter argumentativo del cual el sujeto es consciente; es decir, sabe que para construir una posición el pensamiento elabora argumentos y contrargumentos que convertirá en puntos de referencia, de tal manera que, de acuerdo con el contexto, algunos de ellos se elegirán porque resultan menos borrosos que otros. Así pues, el carácter borroso, contradictorio, intertextual, problemático del campo ideológico individual, aunado al carácter argumentativo del pensamiento, exigen del sujeto una actividad constructiva más intensa de lo que las concepciones deterministas suponían. Son las ideologías de los grupos de inserción, con las que el sujeto comulga, las que le permiten darles uso práctico: éstas confieren sentido a las realidades cotidianas. Es en ellos, en los grupos de pertenencia, en los que la ideología adquiere valor de uso. Y es por esas mismas razones que las ideologías remiten siempre a la existencia de grupos y a las relaciones entre ellos. T. Ibañez señala que la psicología social ha sido bastante renuente a abordar las relaciones intergrupo en cuanto tales, y cuando se ha aproximado a ellas ha evitado toda alusión a la dimensión ideológica; tal omisión obedece paradójicamente a fuertes influencias ideológicas. Dichas influencias encuentran su origen en dos orientaciones sobre el estudio de los grupos cuyos planteamientos, diametralmente opuestos, se confrontarían en la década de los años veinte. Por un lado estaba la visión psicociológica, que reconocía la existencia de fenómenos psicológicos supraindividuales, como la mente grupal, de McDougall; o bien la primacía de la totalidad social, construida por las actividades grupales complejas, sobre los individuos que la conforman, de Mead (McDougall; 1920 y Mead; 1934). Por otro lado estaba un enfoque psicociológico como el de Allport, que consideraba al individuo como la unidad de análisis básica, al método experimental el principal instrumento de investigación y a toda psicología social como parte y expresión la psicología del individuo (Allport; 1920). Por diversas razones, fue esta segunda posición la que terminó

por imponerse, de entre las cuales destaca la compatibilidad existente entre una psicología social que insiste en la primacía del individuo y la exaltación del individualismo, inherente a la ideología liberal de las sociedades occidentales modernas. Así, en la búsqueda de la explicación de los fenómenos grupales e intergrupales a partir de la psicología del individuo, encarna un enfoque reduccionista que tendrá en este campo muchas consecuencias para la investigación.

En el ámbito específico de las relaciones intergrupales, fue el conflicto el que desató el interés por ellas; sin embargo, estas influencias ideológicas se entrecruzarían y reforzarían con la importancia que los conflictos intergrupales han adquirido en las sociedades contemporáneas y la influencia de la visión marxista; pues el hecho de hacer evidente la existencia de los conflictos intergrupales a lo largo y ancho de la historia humana, aunado al hecho igualmente obvio de que esos conflictos están presentes en muchas otras especies, propició que se privilegiara la búsqueda de explicación del conflicto en el ámbito de la evolución y constitución biológica del individuo antes que, como lo expresa T. Ibañez, en el ámbito "... específicamente humano, y por lo tanto, siempre históricamente situado de las producciones ideológicas" (1996: 318).⁶ Es por eso que la mayoría de las investigaciones ignoran u omiten el papel de la ideología en los conflictos intergrupales y buscan su explicación sólo en mecanismos cognitivos y/o motivacionales.

Para este autor, tomar en cuenta la ideología en el estudio de las relaciones intergrupo tiene algunas implicaciones importantes. En primer lugar, se hace indispensable no descontextualizar los fenómenos estudiados, por lo que no se puede prescindir de una perspectiva global que los contextualice, como por ejemplo la que W. Doise, en su tipología de niveles, ubica en el nivel cuatro o ideológico. En segundo, remitir los fenómenos grupales a los contextos sociohistóricos concretos y específicos que los hacen posibles, los producen y a los cuales alimentan. En tercer lugar, las implicaciones anteriores hacen evidente que si el conocimiento psicociológico pretende la cabal comprensión de la dimensión

⁶ El autor ilustra cómo la ideología moldea las relaciones intergrupales y cómo, pese a ello, se omite el esclarecimiento del papel que juega y se carga todo el peso explicativo en los aspectos cognitivo-motivacionales; con ese fin hace un análisis crítico de dos importantes líneas de investigación: la hipótesis del contacto, de Allport y la teoría de la identidad social, de Tajfel. Por razones de espacio remitimos al lector a la fuente.

ideológica de las relaciones intergrupales, necesita auxiliarse de áreas del conocimiento como la historia y la sociología, es decir, sólo desde un enfoque interdisciplinario es posible dicho objetivo. Y en cuarto y último lugar, la dimensión ideológica obliga a poner un interés particular en el discurso y sus prácticas, ya que es principalmente en el lenguaje y por medio de él que las ideologías se constituyen, se difunden, se mantienen y operan; aunque no se excluyen otras prácticas, las discursivas desempeñan un papel fundamental.

En referencia a este último punto T. Ibañez hace algunas precisiones importantes. El análisis del discurso que se requiere no es aquel que pretende tomar las manifestaciones verbales de los individuos como una vía de acceso a su universo psicológico, a sus disposiciones internas. El discurso no es una simple exteriorización de entidades psicológicas que estructuran al sujeto, más bien el discurso tiene un papel activo pues es él quien estructura la realidad psicológica y contextual del sujeto. El discurso remite a algo que está más allá de los individuos pero que se expresa a través de ellos: remite a “formas discursivas” aprehensibles sólo desde una perspectiva globalizadora. Son elaboraciones que los grupos desarrollan a partir de los elementos que el contexto social les proporciona, y en la medida que son materiales con polisemia relativa, crean una forma de ver propia; es decir, un vocabulario común, perspectivas compartidas y todo aquello que da cuerpo a una verdadera “cultura grupal”; estas culturas de grupo son las que permiten al individuo hacer su interpretación de la realidad. La historicidad de las culturas grupales hace posible la comprensión de la diferenciación grupal como un proceso social en el que tanto los rasgos comunes como los grupos y categorías son resultado de dicho proceso. De tal manera que, los rasgos comunes de los miembros de un grupo más que causa son consecuencia de la diferenciación grupal. Así, se puede constatar que en la construcción de grupos y categorías sociales las ideologías y las prácticas discursivas tienen un papel fundamental.

Aunque éste análisis nos permite conocer con más profundidad las funciones cognoscitivas de las ideologías y aclara aspectos que el determinismo marxista impedía visualizar, por su fuerte énfasis sobre sus funciones políticas, es importante señalar que ambas funciones no son excluyentes. Más aún, en el proceso de diferenciación grupal operan simultáneamente, en virtud de que al tiempo que permiten interpretar

la realidad, proporcionando conocimiento y/o reconocimiento de ella, establecen diferenciaciones grupales, categoriales e identitarias, que implican un impacto sobre la naturaleza y orientación política de las relaciones sociales en general, y de las interindividuales e intergrupales en particular, en tanto que determinan inserciones que llevan a los sujetos a establecer relaciones cohesivas con los semejantes y discriminatorias con los diferentes, tendencialmente no coercitivas con los primeros y coercitivas con los segundos, orientadas al establecimiento de dominios, o bien de solidaridades, en las que hay primacía de la negatividad o la positividad del poder, es decir, relaciones proclives a la cooperación o la competencia. La producción de simetrías y asimetrías es pues inmanente al proceso de diferenciación social, y ambas condiciones constituyen la morfología o arquitectura básica que puede adquirir cualquier ejercicio político en el conjunto de las relaciones sociales.

Las secuelas de las formas de poder coercitivo

La operación simultánea de éstas dos funciones de la ideología no es ajena a la concepción foucaultiana del poder, pues los dominios discursivos a los que remiten —el político y del conocimiento— presentan los efectos de negatividad y positividad inherentes a él; en ambos dominios discursivos está presente todo lo que tiene de restrictivo, controlador, y dominante, así como su carácter creativo, constructivo y productor de conocimiento. La compatibilidad se expresa, también, en el hecho de que el poder, para mantenerse y autoreproducirse, necesita recrear incessantemente los desequilibrios y desigualdades en todos los ámbitos del cuerpo social valiéndose, entre otros recursos, del efecto mistificador de las ideologías. Así, las desigualdades objetivas en los terrenos económico, político y social, que producen y reproducen los micropoderes, son utilizados estratégicamente por macropoderes como el Estado y las instituciones para consolidar su propia existencia, al mismo tiempo que producen efectos de retorno hacia los primeros. Estas asimetrías, al ser enmascaradas por las ideologías, se revisten de “naturalidad” y con ello adquieren justificación moral.

Aquí es necesario hacer un pequeño paréntesis para señalar que, hasta ahora, la psicología social en general y la psicología política en particular

han concentrado sus esfuerzos en el estudio de lo que Foucault denomina micropoderes. Durante mucho tiempo y de manera más inadvertida que consciente, la investigación se dirigió hacia las formas más elementales, infinitesimales o capilares de poder. Este hecho no sería criticable si no estuviera acompañado de la omisión o el franco descuido de los llamados macropoderes y de la relación entre unos y otros; la visión foucaultiana, con su modelo estratégico, plantea una relación entre los micro y los macropoderes que requieren de un análisis ascendente. Esa relación y dicho análisis, en términos prácticos, constituyen un programa de investigación que sugiere el estudio de la forma en que los mecanismos infinitesimales y relativamente autónomos de poder son investidos y anexionados por mecanismos globales; la importancia de los micropoderes radica en que sus diversas formas de conjunción dan lugar a los macropoderes, razón por la cual sería más que pertinente el que las psicologías social y política se aproximaran a tal programa de investigación. De lo contrario, el predominio del modelo jurídico seguirá favoreciendo, como hasta ahora, un énfasis en la negatividad del poder, es decir, centrando su atención primordialmente en las formas coercitivas de ejercerlo y omitiendo el estudio de los diversos efectos de conjunto que relacionan a los micro y macro poderes.⁷

Cerrado el paréntesis, retomemos la reproducción y naturalización de las asimetrías y sus consecuencias. Se pueden deducir al menos dos vías estrechamente vinculadas que hacen posibles ambos resultados; la primera de ellas consiste en el efecto de invisibilidad de las desigualdades arbitrarias, producido por compartir la ideología de grupos dominantes y carecer de una alterna que permita descubrirlas; la segunda, que consiste en que, características propias de individuos y grupos, cuya diversidad y pluralidad no necesariamente constituye algún problema,

⁷ Es importante hacer notar que existen excepciones al respecto. T. Ibañez, en su trabajo *Poder y libertad*, señala estos problemas y propone una vía de solución mediante la recuperación del concepto de "emprise", de R. Pages. Esta herramienta conceptual nos dota de una perspectiva relacional y sistémica que permite superar la aparente naturaleza diferencial de relaciones de poder locales y globales. Permite, además, integrar los efectos indirectos, no intencionales, difusos e impersonales. El concepto nos obliga a pensar el poder como un concepto tipo "campo", ayuda a eliminar resabios mecanicistas, y nos conduce a ver las relaciones de poder particulares como enmarcadas en un(os) conjunto(s) más amplio(s), ubicándonos en la antesala de una combinatoria de relaciones de poder que tendremos que abordar y comprender. Las contribuciones recientes de T. Ibañez que hemos citado se han desarrollado con el empleo de esta herramienta analítica (1982: 120-125).

terminan por serlo cuando las mistificaciones ideológicas las convierten en las causas de la asimetría, la discriminación y la dominación. Características como la edad, la talla, el sexo, la etnia, el color de piel, la nacionalidad, la religión, el género, entre otras son el vehículo para fabricar una *sinonimia entre diferencia y desigualdad*, para construir problemáticas falsas que cumplen la función de ocultar las verdaderas causas de la desigualdad: las relaciones de poder coercitivas.

En el caso particular del género, es pertinente remitirnos al lúcido e interesante trabajo *Psicología social y género* de F. Flores (2001). La autora ancla la categoría de género al modelo teórico de la representación social para rebasar visiones esquemáticas, míticas y prejuiciadas en torno del tema. Para ella “...el género es un sistema normativo construido alrededor de las oposiciones elementales que los mecanismos de objetivación y anclaje transforman en realidad al constituir esquemas sociocognitivos cada vez más elaborados y complejos. Así, de la oposición elemental que establecí en lo general la diferencia entre los sexos, se llega a complejas elaboraciones cognitivas que instituyen la diferencia en lo particular” (Flores; *ibidem*: Presentación). De manera semejante a las culturas grupales que propone T. Ibáñez, el género constituye un sistema ideológico “...que orienta las diferentes representaciones del sexo en función de exigencias culturales” (Flores; *ibidem*: 7).

Para construir su argumentación y hacer más comprensible la complejidad del consenso que alcanza el sistema de género, F. Flores retoma categorías de análisis como la ideología, el poder, la identidad y el rol, todas indispensables para esclarecer las funciones de regulación y asimilación social que éste cumple.

En lo que atañe a las ideologías, la autora enfatiza que a éstas las constituyen conjuntos de representaciones, hecho que además permite conocer en detalle la construcción cultural de la diferencia. La diferencia es la noción central de la representación del sexo, razón por la cual se admite una mayor relación entre ésta y la de equidad, que entre ésta y la de igualdad. Argumenta que la noción de equidad se vincula a la de justicia, permitiendo con ello que la diferencia pueda ser interpretada como equidad imparcial. Mientras que la noción de igualdad ésta vinculada a la de identidad, entendida como connotación de semejanza, hecho que entra en contradicción con su acepción que connota diferencia, provocando así dificultades para las prácticas igualitarias. La diferencia se convierte

en una noción hegemónica que constituye en objeto único a ambos sexos, es decir, es una noción ideológica que justifica y naturaliza los efectos de la cultura, creando dicotomías sociales que orientan la percepción de la diferencia e instituyen el sistema de género.

En lo referente a la categoría de poder F. Flores retoma, como el presente trabajo, el enfoque foucaultiano por razones semejantes a las nuestras. Aunque se acentúan tres en especial: La primera es la ventaja de poseer una visión del poder que lo concibe como un fenómeno fluido, inmanente y dependiente de la situación social, que permite plantearse el sistema de género desde su capacidad de (re) producción y adaptación a las exigencias sociales de cada momento histórico. Estrechamente relacionada con la anterior, la segunda razón proporciona adicionalmente la ventaja de abordar la positividad del poder, es decir, de no ver solamente al sistema de género en su parte represora sino acceder a la transversalidad del poder,⁸ que hace a los sujetos sociales elementos que están siempre en condición de sufrir o ejercer ese poder y considerarlos, en este caso a las mujeres, como actores activos y no sólo pasivos de su historia. Y la tercera razón, en sus propias palabras, es la de descubrir “Cuáles son las presiones en el sentido más amplio del concepto, que en determinada situación obligan al sujeto a aceptar un desequilibrio, y qué factores en, otras situaciones, posibilitan y orientan a ese mismo sujeto al ejercicio del poder” (Flores; *ibidem*: 39).

En cuanto a la categoría de identidad, la autora subraya que sobre la diferencia natural la cultura construye las diversas modalidades que ésta asume. Una de esas modalidades toma forma en torno de la identidad de género. Esta noción presenta dos inconsistencias; por un lado, se admite que la diferencia masculino/femenino es un efecto de la cultura, pero, por el otro, la explicación de ese sistema ideológico recurre a elementos esenciales preexistentes y al margen del proceso simbólico-cultural, tales como la presuposición de masculinidades o feminidades primitivas, sospechosamente ligadas al sexo biológico. El otro inconveniente consiste en suponer la existencia de un sentimiento primario de

⁸ Respecto de la transversalidad M. Foucault plantea que “El poder funciona, se ejercita a través de una organización reticular. Y en sus redes no sólo circulan los individuos, sino que además están siempre en situación de sufrir o ejercitar ese poder, no son nunca el blanco inerte o consintiente del poder ni son siempre los elementos de conexión. En otros términos, el poder transita transversalmente, no está quieto en los individuos” (Foucault, 1980) citado por F. Flores (2001: 38).

ser hombre o mujer, que constituye el núcleo inalterable de la identidad de género, pues dicha inalterabilidad está ligada a la inevitabilidad del sexo biológico. A fin de cuentas, lo que se hace es establecer una relación de causalidad entre el sexo biológico y el que, en consecuencia, termina por convertirse en una especie de replica o mero “clon” cultural, denominado género, que reproduce de manera idéntica al original —al sexo biológico— imposibilidades ideológicas e instituye prohibiciones culturalmente prescritas. Así, la perspectiva cualitativamente superior de género, que como sistema instituye en la cultura la diferencia entre sexos, es desplazada y suplantada por el sexo biológico: lo biológico se sobrepone aparentemente a lo psicosocial.

Para superar tales distorsiones en la identidad de género, F. Flores adopta una perspectiva dentro de las representaciones sociales, como la de W. Doise, para quien la identidad personal puede ser comprendida como una representación, o dicho en sus propias palabras, debe ser comprendida como “un sistema cognitivo organizado por un meta-sistema de regulaciones sociales” (Doise; 1996, citado por Flores; 2001: 30). Según W. Doise, las relaciones simbólicas en las que nos involucramos no se presentan siempre igual en nuestra conciencia pues, dependiendo de las situaciones, diferentes relaciones aparecen como sobresalientes y actualizan aspectos distintos en la conformación de la identidad. En la representación de sí mismo, del conjunto articulado de múltiples representaciones, alguna de ellas ocupará el lugar central de la conciencia en función de la situación. Esta concepción rompe con la centralidad ideológica aparentemente inalterable del sexo en la conciencia y elimina la idea de que lo biológico causa efectos en la cultura, pues en el terreno del sexo ocurre justamente lo contrario, es la cultura la que moldea la naturaleza de los sujetos. En el orden social la diferencia entre sexos es adquirida y administrada, es decir, es una construcción social (Flores; *ibidem*: 25-33). Con el fin de comprender cómo se sintetizan los diversos procesos sociocognitivos que intervienen en la construcción de la diferencia en el sistema de género, la autora advierte que en la construcción del sí mismo convergen dos ordenes de la realidad, el sociológico y el psicológico, que imprimen a la identidad sesgos peculiares. Para constituirse, la identidad social resalta la uniformidad y las semejanzas que dan a los sujetos un sentimiento de pertenencia a un grupo; mientras que la identidad psicológica enfatiza la diferenciación y la particularidad

respecto de los otros. Aunque histórica y ontológicamente mujeres y hombres conforman un grupo cuyos intereses recíprocos han permitido la cooperación voluntaria, en los otros dos ordenes su autopercepción es contrastante. Desde el orden sociológico se perciben como un grupo que encarna en la noción de “género humano”; mientras que desde el psicológico se perciben como miembros de distintos grupos, con todo lo que ello implica. Para explicar tales sesgos la autora retoma la explicación de autores que se basan en Turner, cuya teoría de la identidad supone que, para ubicarse, los sujetos hacen una Categorización del Yo desde tres niveles jerarquizados: superior (como ser humano), intermedio (como miembro de un grupo) y subordinado (como identidad personal). Al situarse en un nivel los otros quedan ocultos o son subvalorados; la interdependencia de la interacción también queda velada, minimizando las diferencias intracategoriales y maximizando las intercategoriales (Flores; *ibidem*: 18-23).

Aunque el enfoque de F. Flores recupera una aproximación basada en la categorización y diferenciación social, su anclaje teórico fundamental está en las representaciones sociales. El señalamiento es importante porque en nuestro análisis preferimos abordar la identidad desde las teorías de Tajfel y Turner, que derivaron de los trabajos pioneros sobre categorización y diferenciación social de ambos autores, realizados a finales de los años sesenta y mediados de los setenta, respectivamente (Tajfel y Turner; 1979 y Tajfel y Turner; 1986). No obstante que la investigación reciente ha mostrado que las representaciones y categorizaciones sociales son procesos que comparten muchos aspectos y similitudes, en el terreno específico de la identidad, la categorización y la diferenciación social han sido más incisivas y clarificadoras (Corneille y Leyens; 1996: 49-69). Por tal motivo volveremos a ellas más adelante.

En lo que respecta a la noción de rol, la autora argumenta que el sistema ideológico de género hace que la atención se centre en él únicamente como producto acabado y omite el proceso que lo constituye. El sistema orienta la conducta en función del sexo. Para ello alterna diferentes representaciones en el centro de la conciencia, pero la prescripción simbólica de la diferencia ancla a la representación social del sexo, es decir, es una estrategia ideológica que mantiene la noción de rol en el ámbito del sentido común (Flores; 2001: 25-33, Deschamps y Devos; 1996, citados por Flores; 2001: 48 y Turner; 1987).

Es importante precisar que, a diferencia del análisis de F. Flores, para nosotros la hegemonía de la diferencia o la sinonimia de ésta con la desigualdad es un mecanismo ideológico que no se construye al género, sino que potencialmente puede operar en referencia a otras características tanto biológicas como socioculturales. La diferencia imprime naturalidad a las asimetrías, encubre su negatividad y justifica la iniquidad.

Así, toda vez que se ha encubierto el poder coercitivo, las diferencias aparecen como justificantes del dominio de quienes logran que su ideología sea compartida; las consecuencias comunes para quienes presenten las características mistificadas y que ahora validan su condición de sometido, son siempre las mismas: discriminación, estigmatización y segregación. Así, la “superioridad” de unos se finca sobre culturas grupales plagadas de atribuciones y creencias falsas, mediante las que se expresan formas discursivas que responsabilizan a los “inferiores” de su propia condición.

Mistificaciones ideológicas y género

Las mistificaciones ideológicas están presentes y operan en el mismo sentido en todas las relaciones sociales, sobre todo en aquellas en las que la primacía de la competencia y el dominio le dan al poder ejercido un carácter coercitivo. Dicho carácter implica que los efectos negativos subsuman a los positivos. El caso contrario puede dar lugar a formas de conformismo voluntario en las que el predominio de la cooperación y la solidaridad hacen posible una economía moral relativamente estable, es decir, un equilibrio dinámico semejante a la homeostasis, en donde las fuerzas asimétricas se complementan en lugar de contraponerse. El análisis de las unidades orgánicas a las que tales formas de cooperación voluntaria dan lugar es indispensable para avanzar en la investigación de las correspondencias y el análisis ascendente de las conjunciones de los micropoderes, que líneas atrás señalamos.

Por el momento, hay que resaltar que en las complejas relaciones de género las relaciones de poder las más de las veces son de carácter coercitivo, y por ende, las mistificaciones ideológicas están presentes y producen efectos de enmascaramiento. De tal suerte que, las apariencias ideológicas inducen a perder de vista las determinantes históricas y sincrónicas que los discursos marxista y foucaultiano han señalado, favoreciendo la aceptación acrítica

de la sinonimia artificial entre diferencias y desigualdad, y con ello dando paso a atribuciones y creencias falsas. No obstante, es necesario subrayar que en el caso específico del género, lo falaz de asumir las diferencias como desigualdad está en el hecho de que se ocultan construcciones ideológicas que erigen y mantienen prescripciones culturales que, a su vez, establecen prohibiciones infranqueables que aparecen como si tuvieran su origen en el sexo biológico; desde esa apariencia la dominación se justifica en tanto que la distorsión se convierte en un argumento lógico: la dominación, sólo cesaría con la eliminación de las diferencias, lo que en términos prácticos significaría la desaparición de ambos sexos.

Esta visión ideológica se consolida y prevalece, aún frente a las abundantes evidencias que demuestran que las relaciones de dominio se establecen sin que las diferencias en las características individuales y grupales mencionadas y en cuestión, influyan de manera significativa. Incluso en las relaciones intragenéricas como la homosexualidad de ambos tipos, por ejemplo, se observa la tendencia generalizada a que uno de los involucrados, independientemente de dichas características, controle y domine la relación.

El género inmerso en el proceso de constitución de los sujetos sociales

Debido a su importancia, para cualquier psicología el proceso de constitución de los sujetos sociales es de interés ineludible. De hecho, las diversas aproximaciones teóricas al interior de cualquiera de ellas buscan, directa o indirectamente, comprenderlo y explicarlo. La amplitud y complejidad del proceso convierte a dichas aproximaciones, más que en intentos explicativos excluyentes, en complementarios. Así, encontramos que las teorías de la construcción de la identidad son paralelas y consustanciales a las del desarrollo psicológico, a las que abordan el proceso de socialización y a todas aquellas que analizan aspectos particulares del proceso de constitución de los sujetos sociales.

Por esta razón, resulta inevitable que al emplear cualquiera de ellas ocurran implicaciones recíprocas múltiples con las demás; es decir, siempre habrá correlatos, convergencias y semejanzas que las hacen comparables y complementarias en muchos sentidos. Algunas de ellas constituyen

versiones alternativas de los mismos segmentos del proceso; el caso contrario las convierte en complementarias, pues unas se centran sobre lo que las otras omiten. O, finalmente, diferirán o se asemejarán en la potencia explicativa —niveles intra e interindividual, intergrupual y colectivo, y su articulación parcial o total— en la que se ubiquen.

En tanto que se encuadran en la ontología del sujeto social, dichas teorías pueden ser consideradas también, explícita o implícitamente, como teorías de la identidad. La identidad se construye mediante un proceso de intercambios cognoscitivos y comportamentales, que permiten la formación y maduración progresiva en los individuos de estructuras que los dotan de capacidades y habilidades. En el ámbito cognoscitivo, la construcción de una representación de sí mismo es un objetivo fundamental. En su formación destaca, entre muchos otros procesos, el de categorización social; que hace posible la organización de la percepción del entorno social y personal. El proceso de categorización social está íntimamente vinculado a las capacidades valorativas básicas o primigenias, esencialmente bipolares. Lo bueno y lo malo, lo cálido y lo frío, lo grande y lo pequeño, etcétera, son al tiempo que valoraciones, categorías cognitivas elementales para el ordenamiento perceptual, indispensable para la subjetivación y comprensión de la realidad. A partir de esos sistemas valorativo-categoriales básicos, paulatinamente se generan sistemas categoriales de complejidad creciente que ordenan nuestra percepción del entorno físico y social. Los grupos sociales son reconocibles porque imprimen a sus miembros atributos que los hacen semejantes y, por lo mismo, constituyen simultáneamente categorías sociocognoscitivas. La identidad será el resultado de una multiplicidad de inclusiones y exclusiones en el universo de sistemas categoriales que el propio sujeto, en interacción con los demás, llevará a cabo (Tajfel; 1975: 350-387). En ese proceso se encuentra el germen y la génesis de la identidad, porque a partir de él, tanto en el ámbito individual como en el colectivo, ésta empezó a analizarse como la construcción de la diferencia o la puesta en evidencia de una alteridad, y quedó además fuertemente anclada a las relaciones entre grupos (entre un endo y un exogrupo) (Lorenzi-Cioldi y Doise; 1996: 71-90).

Desde los trabajos pioneros de H. Tajfel muchos han sido los avances conceptuales y metodológicos en el área de la categorización social. Los más importantes muestran que ésta es una actividad eminentemente

compleja porque no se limita a reflejar la realidad, sino que moviliza los conocimientos anteriores de los sujetos y se inscribe en un contexto pragmático e interactivo. Es una actividad con flexibilidad y variabilidad que permite a los individuos confirmar algunas de sus expectativas y adaptarse al medio social. El ambiente social interviene sobre la categorización tanto en retrospectiva como en perspectiva. En el primer caso porque las categorizaciones sociales de un grupo o individuo modifican sustancialmente las relaciones que mantiene con los otros (estereotipos); en el segundo caso porque esas mismas relaciones sociales que mantiene con el entorno social influyen, directa o indirectamente, sobre la actividad de categorización (conocimiento que éstas implican, conservación de la positividad de su identidad, etcétera). Relaciones sociales y categorización se determinan recíprocamente. En éste y otros aspectos son equivalentes y semejantes a las representaciones sociales —por ejemplo, sus contenidos y dinámica interna tienden, a la manera del esencialismo psicológico, a reunificarse—, y así como las representaciones tienen un “núcleo duro”, las categorías poseen un núcleo conceptual (*conceptual core*) (Corneille y Leyens; 1996: 49-69).

El género es un sistema categorial complejo que forma parte del proceso identitario; éste se conjuga y amalgama dinámicamente con muchas otros sistemas categoriales que en conjunto darán a la identidad significaciones ricas y diversas en las que lo más remoto es la simplicidad. Femenidad y masculinidad son categorías cognoscitivas cuyo contenido encarna en múltiples formas de comportamiento, que se valorarán y calificarán como lo uno o lo otro a partir de lo que determine la convencionalidad moral. Tareas, colores, oficios, fragancias, capacidades físicas y psicológicas, habilidades, etcétera, adquirirán las cualidades de género, como un rasgo importante, en el proceso para el establecimiento de una identidad.

Hacia la superación de la visión ideológica de género

El carácter intertextual de las ideologías implica que éstas adquieren significado sólo en referencia a otras, es decir, que la visibilidad de sus características positivas o negativas tienen como condición de posibilidad la alteridad. Es por eso que las contradicciones y mistificaciones ideológicas

sólo pueden ser conocidas al ubicarnos en una posición alternativa. La eventual superación de tales distorsiones requiere de la exterioridad. Así ocurre también con las distorsiones ideológicas de género. Pero ¿cuál sería la visión más apropiada para tal efecto?, ¿cuál, que aún no pudiendo evitar nuevas contradicciones, resultará menos nociva? Por el alto grado de dificultad de las interrogantes la respuesta es incierta, sin embargo, una posible respuesta nos remite a las investigaciones de M. Foucault en torno de la sexualidad. Éstas dieron contenido a tres volúmenes. En el primero de ellos, titulado *Historia de la sexualidad*, M. Foucault pudo profundizar su concepción respecto a la tecnología del poder. Sin ser exhaustivos, se puede decir que sus principales hallazgos se circunscriben al descubrimiento de que, mediante la proliferación incesante del discurso sobre la sexualidad, éste se extiende y ramifica hacia todas las formas de la conducta social con la intención de controlar el placer cotidiano; el discurso genera, además, una voluntad de saber que lo convertirá en ciencia: la sexología (Foucault; 1977: 18-20, Ceballos; 1997: 105-110 y Ritzer; 1994:429-431). Descubre, como ya señalamos, la positividad del poder y cómo la sexualidad y su discurso se transforman en una red de biopoder, cuyos mecanismos positivos y negativos se materializan en el conjunto de las instituciones sociales, desde la familia hasta el Estado. Los micropoderes coinciden en la necesidad de someter la sexualidad a una normatividad socialmente legalizada, económicamente rentable y políticamente manipulable (Foucault; 1977: 48-49). La tecnología del biopoder instrumenta el control del cuerpo y la sexualidad para salvaguardar la estabilidad social, reforzar la especie, purificar la raza, evitar enfermedades contagiosas y fortalecer la vitalidad de los cuerpos dóciles y productivos. La sexualidad debe restringirse a la reproducción familiar con el fin de cumplir con dos objetivos: abastecer a la sociedad de mano de obra eficaz y, a través de la sexualidad monogámica, sublimar y canalizar la energía libidinal hacia la producción económica (Foucault; 1977: 176-179 y Ceballos; 1997: 113-114).

En los dos últimos volúmenes, subtitulados *El uso de los placeres y La inquietud de sí*, M. Foucault modificará radicalmente su proyecto original de la historia de la sexualidad (Foucault; 1984 y 1987). En la introducción del segundo volumen expone las razones que lo llevaron a hacer tales cambios, que incluyen algunos de los postulados de la perspectiva

teórica de sus primeros textos (Foucault; 1984: 7-33). Al estudiar la sexualidad en la antigüedad clásica, hasta los inicios del cristianismo, el autor pasa del interés en la dinámica y las reglas anónimas y difusas del discurso, a la investigación de la subjetividad individual y colectiva como arte de la vida; es decir, en el estudio del poder como fundamento de las relaciones sociales descubre la enorme importancia de la moral, en tanto que es parte esencial de una ontología de la historia (Ceballos; 1997: 103-130). Para comprender la moral ésta no debe concebirse sólo como un código o conjunto de reglas prescriptivas, sino, también, como comportamiento real de los individuos a los que se les propone. Las acciones morales implican no sólo apearse a una regla, ley o valor, sino, además y fundamentalmente, son un intento por transformarnos a nosotros mismos en sujetos morales de nuestra conducta. La acción moral implica, como dice el propio M. Foucault "... una determinada relación consigo mismo; ésta no es simplemente 'conocimiento de sí' sino constitución de sí como 'sujeto moral', en la que el individuo circunscribe la parte de sí mismo que constituye el objeto de esta práctica moral, define su posición con relación al precepto que sigue, se fija un determinado modo de ser que valdrá como un cumplimiento moral de sí mismo, y para ello actúa sobre sí mismo, busca conocerse, se controla, se prueba, se perfecciona, se transforma" (Foucault; 1987: 29-33). La investigación histórica sobre la moral lo lleva a descubrir la correlación básica existente entre la ética y la formación de la subjetividad social. Aunque los códigos de comportamiento y las formas de subjetivación moral nunca se disocian del todo, algunas morales ponen el acento ya sea en unos o en otras; la moral de la antigüedad grecorromana se orientó mucho más hacia las prácticas de subjetivación o prácticas de sí, es decir, hacia la ética.

A partir de estos hallazgos M. Foucault orienta su investigación hacia tres grandes temáticas genealógicas generales: cómo los hombres se convierten en objeto de conocimiento; cómo los individuos nos convertimos en seres actuantes sobre otros hombres y mujeres, esto es, cómo ejercemos poder; y la elaboración, que quedaría inconclusa, de una ontología histórica en relación a la ética, por la que nos constituimos en sujetos morales (Ceballos; 1997: 123-124). De esta manera, recupera la importancia de la subjetividad porque pone en evidencia la importancia del poder interiorizado en el individuo y la conceptualización de

éste como agente socio-moral. La subjetividad hace evidente su papel en la construcción de cierta moral particular y no sólo en el plano macro-estructural y discursivo, en el que ésta es sólo la expresión de técnicas y estrategias de dominio. M. Foucault trata de desarrollar una técnica de análisis y diagnóstico del pensamiento moral que nos permita revelar sus orígenes, sus cualidades, su poder de seducción, sus peligros y las fuerzas que se ocultan tras él. Analiza el discurso no sólo como un saber estructurado para ejercer poder, también lo investiga cómo la concreción de un entramado complejo de símbolos y valorizaciones que dan sustento a los actos y prácticas de la acción social.

Una de las aportaciones más importantes que M. Foucault desarrolló, fundamentalmente en el tercer volumen, es el descubrimiento de que el poder sobre los otros, la necesidad de dominar a la naturaleza y a otros hombres y mujeres, es una consecuencia de la disciplina y el autocontrol permanente que los seres humanos ejercen sobre ellos mismos. Las sospechas y suspicacias hacia el mundo exterior, y sobre los otros, derivan de la autovigilancia y autocuestionamiento de sí mismos (Foucault; 1987: 38-68 y Ceballos, 1997: 125-126). El punto de interés de Foucault está en descubrir la interrelación entre el poder sobre sí mismo y el poder sobre las cosas y los otros. Al igual que en la antigüedad clásica, para Foucault la racionalidad del gobierno de los otros es la misma que la racionalidad del gobierno de uno mismo (Foucault; 1987: 69-93).⁹ La interrelación entre el gobierno de sí y el de los otros convirtió la moral en el problema esencial de la época antigua. Ocuparse de sí mismo para lograr soberanía sobre sí, era la única vía posible para ejercer poder, para ocupar un puesto público y político, ejerciendo el poder de manera virtuosa y justa. Es por eso que el problema moral desembocó en el cuestionamiento y búsqueda de la técnica para vivir bien, es decir, para alcanzar la templanza, la moderación y el autocontrol sobre el cuerpo y el alma, para gobernarse y gobernar a otros. El arte de la vida pasa a ser el rasgo más trascendente de las tecnologías del yo que caracterizaron a los individuos de la Grecia y Roma clásicas.

⁹ M. Foucault afirma que “se trata de saber cómo uno se ‘gobierna’ a sí mismo. Se quiere demostrar cómo el gobierno de uno mismo se integra a una práctica de gobierno de los otros. Es decir, se trata de llegar a saber cómo se forma una ‘experiencia’, dónde están ligadas las relaciones consigo mismo y las relaciones con los otros” (Ewald; 1984: 126-127, citado por H. Ceballos; 1997: 126-127).

La ética grecorromana está centrada en un problema de elección personal, en una estética de la existencia. Las tecnologías del yo emergentes proponían la conversión de la decisión personal en una estética de la existencia: la aspiración a tener soberanía sobre nuestro futuro, la ambición de tener el dominio del propio cuerpo y del alma, ejercer la libertad al no ser esclavos de nuestras pasiones y admirar la belleza sin la compulsión de apropiárnosla, son parte constitutiva de la tecnología estética de la existencia, de la técnica del buen vivir. Para Foucault esta idea era importantísima, porque hacia materialmente factible que la ética fuera parte integral de la existencia humana sin estar determinada por lo jurídico, las estructuras disciplinarias o los sistemas de poder autoritarios.¹⁰ El análisis histórico de la moral llevó a Foucault a plantear algunas ideas interesantes, por los objetivos a los que nos pueden llevar. Una de ellas es que su análisis revela una vía para la superación del egoísmo-narcisismo, imperante en la sociedad capitalista, mediante una ética que incorpora el placer del otro en el propio sin la acción coercitiva de poder alguno. Otra idea importante es que, desde esa posición ética, la sexualidad tendría un papel liberador, afirmativo de la identidad personal, y sería fuente inspiradora para una vida creativa. Finalmente, para M. Foucault una nueva moral, con semejanza a la grecorromana, nos conduciría a una estética de la existencia, a un arte del buen vivir, a que cada uno de nosotros hiciera de su vida una obra de arte (Foucault; 1987: 38-93 y Ceballos; 1997: 127-130).¹¹

¹⁰ Dicho en palabras de M. Foucault “se trata de saber cómo gobernar la propia vida para darle la forma más bella posible (a los ojos de los otros, de sí mismo y de generaciones futuras para las cuales se podría servir de ejemplo). Lo que yo intente reconstruir fue esto: la formación y desarrollo de una práctica de sí que tiene por objeto constituirse a sí mismo como obrero de la belleza de la propia vida” (Ewald; 1984: 127, citado por H. Ceballos; 1997: 127).

¹¹ En su interesante y bien argumentado trabajo *La afectividad colectiva*, Pablo Fernández Cristlieb nos propone una psicología monista que parte de la relación indisoluble entre humanidad y naturaleza, la mente y el cuerpo o entre sujeto y objeto. En el terreno de la afectividad, al lenguaje y su semántica se le escapan los sentimientos, porque son manifestación de un fenómeno que obedece más que a la racionalidad y la lógica científicista, a la estética. En su acepción más antigua y original, la estética es una ciencia del conocimiento sensible; entonces la estética es la ciencia de la afectividad que aparece en las formas. Mientras que la lógica es el modo de ser de las palabras y del pensamiento, la estética es el modo de ser de las formas y la afectividad. La psicología colectiva es, de origen, afectiva: ésta estudia formas para averiguar sentimientos y la estética estudia sentimientos para averiguar formas. La psicología gestáltica o de la forma, *ipso facto*, y por sus inclinaciones

Es importante subrayar que Foucault advierte insistentemente en que no se debe perder de vista que esta ética de la antigüedad clásica deriva en una moral hecha por y para hombres. Son los hombres libres y adultos quienes se benefician de las condiciones favorables que esta moral establece. Las mujeres, los hombres jóvenes y los esclavos, ocupan un lugar de subordinación que pone en evidencia cómo, pese a sus avances éticos, la moral de la sociedad grecorromana no escapó de las mistificaciones ideológicas que ocultan diferencias elaboradas socioculturalmente, anclándolas a diferencias biológicas como el sexo o incluso a otras dentro del propio orden cultural. Es por eso que el rasgo que marca la línea divisoria entre el mundo de los hombres y el de las mujeres o, más precisamente, entre un grupo y otro, se circunscribe engañosamente al terreno de la sexualidad, cuando en realidad es una característica presente en cualquier esfera de la actividad social, de orden eminentemente político y, por lo tanto, extensiva al conjunto del género humano. Dicha característica es la actividad o la pasividad que se adopte en la(s) relación(es). Adoptar un papel de actores activos nos convierte en sujetos mientras que la pasividad nos convierte en objetos (Foucault; 1984: 35-51). No es difícil deducir y percatarse de que la actividad supone independencia, iniciativa, conducción y autocontrol en las relaciones, mientras que la pasividad supone sus contrarios.¹²

Estrechamente vinculado al binomio actividad-pasividad se encuentra el de exceso-moderación, que se expresa cabalmente en la temperancia o intemperancia de los individuos. Para los griegos las fuerzas de la vida o eróticas tienden a sobrepasarse, al desbordamiento, al exceso. De no ser controladas, su desmesura provocará enfermedades y eventualmente la muerte. Es por eso que para un hombre libre el exceso y la pasividad eran las dos mayores formas de inmoralidad. El autocontrol y la actividad eran una condición de posibilidad para evitar sometimientos y

monistas, es afín y extensiva a la psicología colectiva y a la estética de la afectividad. La gente es al mismo tiempo el objeto estético por antonomasia y la obra de arte por excelencia. La ética, nos dice el autor, tiene como objetivo la felicidad y en tanto empresa afectiva es una tarea estética. Pablo Fernández Cristlieb se aproxima así a una estética de la existencia semejante a la que descubrió y fascinó a M. Foucault (Fernández; 2000).

¹² Este es un rasgo que para los psicólogos sociales no es desconocido, pues para el llamado modelo genético de influencia social, es uno de los hallazgos que hicieron posible su emergencia. El carácter activo de un protagonista social es fundamental para influir, independientemente del carácter mayoritario o minoritario de la fuente de influencia (Moscovici; 1981).

subordinaciones impuestas, y para conservar ese papel activo, aún en el conformismo, en virtud de que siendo éste el resultado del conocimiento y la voluntad, queda exento de pasividad.

Este hecho es más relevante de lo que aparenta porque implica que, tanto en las sociedades antiguas como en las modernas, la viabilidad de las formas de organización social y política, y especialmente las democráticas, está profundamente vinculada con la orientación de los individuos hacia estos rasgos. Si los micropoderes, a través de sus diversas formas de conjunción, dan lugar a los macropoderes, las formas de soberanía que los individuos ejercen sobre sí son un elemento constitutivo de la armonía y el buen orden del cuerpo social. La formación o constitución de los sujetos, su educación, es un asunto fundamental y estratégico para escapar al ejercicio de autoridades tiránicas sobre los demás. El ejercicio del poder político tendrá al poder sobre sí como su principio de regulación interna (Foucault; 1984: 76-91). Afirmar que la democracia requiere de ciudadanos educados no es ninguna novedad, sólo se coincide con muchos pensadores y estudiosos que lo han afirmado a lo largo de la historia de la cultura occidental.¹³ Lo que sí se ha hecho evidente, hoy más que nunca, es que de no contar con individuos orientados al conocimiento de la naturaleza, de sí mismos y de los otros, esto es, educados para el pensamiento científico, la superación de mistificaciones ideológicas que posibiliten el ejercicio del poder coercitivo y arbitrario es poco probable.¹⁴ La eventual superación del sistema ideológico de género requiere de una profunda transformación de nosotros mismos, a la que quizá esa nueva ética sugerida por Foucault dé fundamento.

¹³ En su trabajo *El valor de educar*, F. Savater demuestra con deslumbrante agudeza crítica la consustancialidad de los procesos de socialización y educación. Coincidiendo con importantes pensadores de diversas épocas, enfatiza que la educación es una condición de posibilidad tanto para alcanzar la estatura de ser humano como para la existencia de formas de organización democráticas (Cfr. Savater; 1997).

¹⁴ En su trabajo *El mundo y sus demonios*, C. Sagan aborda detalladamente estos problemas. El autor nos advierte de un doble proceso en el que, simultáneamente, se observa el deterioro de los sistemas educativo en un país rico como Estados Unidos, junto al bombardeo constante de los medios masivos de información, especialmente los televisivos, con programaciones plagadas de pseudo ciencia y formas de pensamiento mágico francamente anticientífico. Es un proceso que ha ido generando en el ciudadano televidente ignorancia, credulidad y pasividad. Así, esta manipulación del ciudadano promedio ha permitido que funcionarios gubernamentales charlatanes e ignorantes pongan en práctica políticas nocivas para la población. Este es un proceso que se reproduce más intensamente en los países pobres (Cfr. Sagan; 1997); revisar especialmente los capítulos 19 y 25.

Dicho en palabras de H. Ceballos “El día que logremos hacer de nuestra vida una creación estética, cuando consideremos la existencia humana como un hecho falible, perecedero, pero hermoso y digno de ser cultivado y apreciado, en ese momento, quizá el poder, en tanto constante trágica de las relaciones sociales, pierda un poco de su omnipresencia negativa y podamos, finalmente, mirar la vida con mayor tranquilidad y gozar el placer de vivir” (Ceballos; 1997: 129-130). En todo caso, los problemas y las líneas de investigación que hemos señalado están en marcha y eventualmente nos darán respuestas.

Bibliografía

Allport F. H.

1920 *Social Psychology*, Houghton Mifflin, Boston.

Althusser L.

1972 *Pour Marx*, Maspero, París.

Ceballos H.

1997 *Foucault y el poder*, Ediciones Coyocán, México, primera edición 1994.

Corneille O. y Leyens J. C.

1996 “Categorización, categorización social y esencialismo psicológico”, en Bourhis R. Y. y Leyens J. P. *Esterotipos, discriminación y relaciones entre grupos*, McGraw Hill, España, primera edición en francés 1994.

Deschamps J. C. y Devos T.

1996 “Relaciones entre identidad social e identidad personal”, en Morales J. F., Páez D., Deschamps J. C., y Worchel S. (coord.). *Identidad social. Aproximaciones psicosociales a los grupos y a las relaciones entre grupos*, Promolibro, Valencia.

Doise W.

1982 *Psicología social y relaciones entre grupos*, Fondo Educativo Interamericano, México, editorial original A. De Boeck, Bruxelles, 1979.

1996 “Representaciones sociales en la identidad personal”, en Morales J. F., Páez D., Deschamps J. C., y Worchel S. (coord.) *Identidad social. Aproximaciones psicosociales...*, op. cit.

Ewald F.

- 1984 “El interés por la verdad”, entrevista con M. Foucault, en sección “La cultura en México”, *Revista Siempre*, 26/9/84.
- Fernández P.
2000 *La afectividad colectiva*, Taurus, México.
- Flores F.
2001 *Psicología social y género. El sexo como objeto de representación social*, McGraw Hill, México.
- Foucault M.
1977 *Historia de la sexualidad 1: la voluntad de saber*, Siglo XXI Editores, México, primera edición en francés 1976.
1980 *Microfísica del poder*, La Piqueta, Madrid.
1976 *Vigilar y castigar*, Siglo XXI Editores, primera edición en francés 1975.
1984 *Historia de la sexualidad 2: el uso de los placeres*, Siglo XXI Editores, México, primera edición en francés 1984.
1987 *Historia de la sexualidad 3: la inquietud de sí*, Siglo XXI Editores, México, primera edición en francés 1984.
- Ibañez T.
1982 *Poder y libertad*, Editorial Hora, Barcelona.
1996 “La ideología y las relaciones entre grupos”, en Bourhis R. Y. y Leyens J. P. *Estereotipos, discriminación y relaciones entre grupos*, McGraw Hill, Madrid, primera edición en francés 1994.
- Lorenci-Cioldi F. Y Doise W.
1996 “Identidad social e identidad personal” en Bourhis R. Y. y Leyens J. P. *Estereotipos, discriminación y...*, *op. cit.*
- Mannheim K.
1932 *Ideologie et utopie*, Marcel Rivière et Cie, París.
- Marx K.
1967 *Formaciones económicas precapitalistas*, Ciencia Nueva, Madrid, primera edición en alemán 1857-1858.
1970 *Contribución a la crítica de la economía política*, primera edición en alemán 1859.
1974 *Manuscritos económico-filosóficos de 1844*, Alianza Editorial, Madrid, primera edición en alemán 1844.
- Marx K. y Engels F.
1970b *La ideología alemana*, Grijalbo, Barcelona, primera edición en alemán 1845-1846.

- Mead G. H.
 1934 *Mind self and society*, University Chicago press, Chicago.
- Moscovici S.
 1961 *La psychanalyse, son Image et son public*, PUF, París.
 1981 *Psicología de las minorías activas*, Morata, Madrid, título original *Social influence and social change*.
- Mc Dougall W.
 1920 *The group mind*, Cambridge University Press, Cambridge.
- Parson T.
 1959 *And approach to de sociology of knowledge. In transaction of the fourth congress of sociology*, Milán.
- Ritzer G.
 1994 *Teoría sociológica contemporánea*, McGraw Hill, México, primera edición en español 1993, traducido de la tercera edición en inglés 1992.
- Sagan C.
 1997 *El mundo y sus demonios. La ciencia como una luz en la obscuridad*, Planeta, México, primera edición en inglés 1995.
- Savater F.
 1997 *El valor de educar*, Instituto de Estudios Educativos y Sindicales de América, México.
- Tajfel H.
 1975 “La categorización social”, en Moscovici S. *Introducción a la psicología social*, Planeta, Barcelona, título original *Introduction a la psychologie sociale*.
- Tajfel H. y Turner J. C.
 1979 “An integrative theory of inter group relations”, in W. G Austin y S. Worchel (eds.). *The social psicology of the intergroup relations*, Wasworth, Belmont, C.A.
 1986 “The social identity theory of intergroup behavior”, in S. Worchel y W. G. Austin (eds.) *Psycology of intergroup relations*, Nelson-Hall, Chicago, Mi.
- Turner J. C.
 1987 *Rediscovering the social group. A self categorization theory*, Basil Blackwell, Oxford.